

Los enfermos mentales

Mientras vivimos, somos conscientes de que lo hacemos en un mundo real, del que conocemos sus reglas y en el que sabemos movernos. Pero hay mundos no reales (al menos no materiales) que traspasamos a veces, como los que existen en los sueños, y otros no reales que se insinúan amenazadores, como aquél en el que habitan los muertos o el que imaginamos para los habitantes de la oscuridad.

La mente de todos se abre camino por sí misma: ajena a nuestra voluntad, imagina libremente, construye ficciones que son mundos y puede hacer de una leve contrariedad un problema y de un problema minúsculo una muralla insalvable. La razón sopesa y mide, y suele ser capaz de devolvernos sanos y salvos a la realidad. Pero en todos nosotros queda, sin darnos cuenta de ello, el temor a quedar empantanados al otro lado de la razón, en un mundo ficticio o distorsionado que engancha a no pocos para siempre. La incomprensión que sufren los enfermos mentales tiene su primer origen en este miedo. No sabemos bien cómo funciona la mente y la sola idea de que podamos sucumbir a un mundo de tinieblas nos produce pavor. Por eso rechazamos la enfermedad mental sin darnos cuenta, a nivel de subconsciente, sin pensar. Negar la enfermedad sería así una suerte de mecanismo de autodefensa, tanto como negar el problema.

En el consciente –lo que pensamos– ocurre lo contrario, de manera que no solamente no admitimos la posibilidad de que en cualquier momento nosotros también podamos caer en la enfermedad mental, sino que nos sentimos a salvo de ella poco menos que para siempre, como lo demuestra el desdén o incluso el escarnio con que solemos tratar a los enfermos mentales que no nos pillan muy de cerca.

Pienso en ello ahora que se ha constituido en Pozoblanco una asociación de ámbito comarcal de enfermos mentales, familiares y amigos. Sus objetivos,

recogidos en los estatutos –ya aprobados–, pretenden ayudar tanto al enfermo mental como a sus familiares. Que el enfermo mental es una persona, y que como tal necesita afecto y unas condiciones de vida dignas, parece algo incuestionable por lo que, sin embargo, hay que seguir luchando. Que el enfermo mental es un enfermo, como lo es un diabético, es algo que debe proclamarse continuamente porque todavía hay quien o no lo sabe o no lo quiere saber.

Numerosos padres de enfermos mentales dedican una vida de sacrificios por el bienestar de sus hijos rodeados de incomprensión y con la incertidumbre de no saber qué será de ellos cuando por el cumplimiento de la ley más natural se queden solos y a merced del destino. Numerosos hermanos de enfermos mentales se sienten imposibilitados de acogerlos en sus casas sin distorsionar gravemente la convivencia en su hogar (que las familias de los enfermos mentales soportan sobre sus espaldas un peso no pocas veces insoportable que debería ser asumido en gran parte por el conjunto de la sociedad, parece un problema evidente que, sin embargo, todavía no está solucionado). Numerosos enfermos mentales, conscientes de su enfermedad, piden ayuda para salir de ella o para luchar contra ella, o sólo piden ser escuchados, ser tratados como las personas que son, llenas de sentimientos y con el miedo a parecer distintos y al rechazo de quienes los rodean.

Juan Bosco Castilla